

J. Gil: *El Libro de Marco Polo. Las apostillas a la Historia Natural de Plinio el Viejo*, Universidad de Sevilla. Biblioteca de Colón, 1, 1992.

La obra de J. Gil, recientemente aparecida, ofrece más de lo que el título indica, ya que la edición del ejemplar del libro de Marco Polo que manejó Colón, con sus notas personales —o las de sus íntimos— junto con las apostillas a la HN de Plinio, van precedidas de una introducción muy documentada.

En ella aborda en primer lugar la historia de los sucesivos despojos de la Biblioteca Colombina desde que Colón y, sobre todo, su hijo don Hernando constituyeron el gran legado bibliográfico de más de 15.000 mil volúmenes.

La introducción propiamente dicha se abre con un primer capítulo dedicado a la importancia del libro de Marco Polo, que era nada menos que la *Guía de la India*. Sorprende por eso la fecha tardía —fines de 1497— en que Colón adquiere esta obra, en la edición de Amberes de 1485. Se la facilita John Day, un personaje mezcla de mercader y espía.

El impreso fue manejado por Colón sólo durante unos meses, ya que al año siguiente partía nuevamente para las Indias. En ese corto espacio de tiempo Colón realizó la mayoría de las apostillas e incluso retocó páginas escritas antes en su Diario, que requerían modificaciones a tenor de la nueva bibliografía que iba conociendo; otras anotaciones son algunos años posteriores, en torno al 1501-02. Colón señalaba fundamentalmente dos tipos de cuestiones: los datos de Marco Polo que él creía identificar en la Tierra donde había llegado y que, por lo tanto, le permitían confirmar sus descubrimientos, y, obviamente, los tesoros, gemas y mercancías que aún no había descubierto, pero que soñaba encontrar.

Formalmente las apostillas aparecen escritas al menos por tres manos diferentes, lo que se interpreta en el trabajo de Gil como una labor de equipo destinada a que el Almirante pudiera adquirir un conocimiento rápido del libro de Marco Polo. Las tres manos representan un reparto del trabajo. Lo inicia un amanuense anónimo, que conjeturalmente pudiera ser Fray Gorrício, amigo personal de Colón, que copia en los márgenes los nombres propios que aparecían en el texto, originando así un primer tipo de notas objetivas y despersonalizadas. Después, un segundo lector apunta algo muy distinto: las anécdotas más llamativas que le surgen en la lectura. Gil ha conseguido identificarlo, por comparación con las notas del libro de Estrabón, con don Hernando Colón, que hacia 1501-02, a los trece o catorce años, acotaba el texto para su padre en un latín no muy correcto, como correspondía a su edad. El tercer lector es el propio Cristóbal Colón, que señala casi exclusivamente las mercancías de valor, metales nobles, gemas, especias y otras riquezas de flora y fauna. Estas apostillas de Colón resultan estar hechas con excesiva prisa, a veces incluso con errores, «como si fueran escritas de una sentada» (*ib.* XXXVII).

Por último, los capítulos dedicados a la letra y al latín de las apostillas, permiten a Gil polemizar sobre una cuestión generalmente admitida: que Cristóbal Colón iniciaba siempre sus escritos con la frase latina *Iesus cum Maria sit nobis in via*, tal como decían su hijo don Hernando y su amigo Gorrício. Pero Gil pudo comprobar que tal jaculatoria no aparecía en la mayoría de las cartas privadas de Colón, sino sólo en dos documentos oficiales, en la HN de Plinio y en el libro de Marco Polo. De ello Gil extrae una conclusión importante: esa frase, que tan bien le cuadraba al Almirante, la inventaron su hijo y el fraile Gorrício para autenticar en un pleito una donación de Colón a su hijo. Por eso, en los documentos colombinos donde se encuentre tal frase, es precisamente donde hay que sospechar algún intento de manipulación ulterior interesada.

Respecto a las notas a Plinio en los Diarios del primero y segundo viajes, permiten ver que Colón conocía la HN sólo de segunda mano. Fue el libro de Plinio una de las últimas adquisiciones de Colón. No lo leyó en latín, sino en traducción italiana y le interesaron especialmente las menciones de Plinio al Extremo Oriente, aparte de algunos remedios de su interés personal que descubren la faceta más humana de Colón. Las apostillas de su hijo don Hernando muestran, en cambio, al hombre culto de su época: lee el libro II de Plinio —al fin y al cabo era donde empezaba la HN—, acota las digresiones más literarias, que quizá le sonaban a paja, con fórmulas como *gran alabanza del sol...*, *de la tierra*, etc., pero a pesar de sus prisas se detiene a censurar los pasajes de Plinio que rozaban cuestiones religiosas, como el de que la tierra era eterna o el de que dios no lo podía todo porque no podía matarse. Son las únicas notas contra Plinio, y responden a una actitud entre medieval y de crítica renacentista. Todo lo demás no motiva discusión, evidenciando una vez más la larga vigencia de los libros antiguos.

Concluyo este breve resumen por el comienzo: es difícil decir más ni mejor de las breves apostillas realizadas por Colón y su círculo. Al finalizar la lectura de este libro, la imagen que el lector puede formarse de Colón no es precisamente la hagiográfica. Hay un propósito en el libro de Gil de tratar la figura de Colón en sus justos términos: no es un erudito ni un hombre propiamente de letras (el «intelectual» era su hijo don Hernando); incluso adquiere tarde estos libros (el de Plinio casi de viejo), él personalmente sólo anota en ellos lo que podían ser sus conveniencias materiales, sin concesiones literarias ni religiosas, y, con la ayuda de terceros, como parte de su política de imagen, manda hacer otras anotaciones que dieran la impresión de que tenía libros y los leía despacio. Sin embargo, la figura de Colón no queda en absoluto desmerecida. Podemos imaginar al hombre de acción por excelencia haciendo gestiones dificultosas para conseguir el Marco Polo, o leyendo y acotando entre prisas el de Plinio, en italiano y en latín, aunque éste no fuese siempre correcto y se le colase algún italianismo, hispanismo o un mero lapsus gramatical: de cualquier modo descubrimos a un Cristóbal Colón que por sus fuentes y sus saberes también pertenece al mundo del Latín.

Ana Moure Casas